

Históricas Digital

Miguel Rodríguez

“ ‘Tres tamaños temblores’ en la memoria de la Ciudad de México”

p. 123-162

Historiar las catástrofes

María Dolores Lorenzo, Miguel Rodríguez y David Marciilhacy
(coordinación e introducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/Sobornne Université,
Centre de Recherches Interdisciplinaires sur les Mondes
Ibériques Contemporains, Civilisations et Littératures
d’Espagne et Amérique

2019

384 p.

Figuras

(Historia General 38)

ISBN 978-607-30-2583-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de abril de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/709/historiar_catastrofes.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



“TRES TAMAÑOS TEMBLORES” EN LA MEMORIA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

MIGUEL RODRÍGUEZ

7 de junio de 1911, 28 de julio de 1957 y 19 de septiembre de 1985: “tres tamaños temblores”.¹ En la ciudad de México, tres momentos que se conservan en la memoria colectiva como eslabones de un proceso en que las posibilidades de expresar el horror supone remitir al anterior, en un angustiante *crescendo*. Si el de 1911 fue para *El Imparcial* “el movimiento sísmico de mayor intensidad y de mayor duración de cuantos han sacudido el territorio nacional en muchos años” —según *La Gaceta de Guadalajara* “el mayor quizá en México desde 1882”—, en 1957 *Excelsior* indicaba que “desde el 7 de junio de 1911 la capital de la República no había sufrido un terremoto de tanta magnitud”.² Y, en el gran sismo de 1985, “cuando terminó la agitación del suelo todos permanecieron mudos. Había sido el sismo más prolongado que recordaban. Esto [...] fue mucho peor que el temblor de 1957”.³ Del libro *Ciudad quebrada*, este testimonio tan común es uno más entre muchos, cuando para describir la desme-

¹ “De tamaño temblor nos acordaremos más que de Tamagno tenor”. Así recuerda Manuel Gutiérrez Nájera el “drama, y terrible terremoto” del 2 de noviembre de 1894, haciendo un juego de palabras con el nombre del famoso cantante de ópera Francesco Tamagno, entonces en una gira triunfal en el México porfiriano. Gutiérrez Nájera, “Temblores complementarios” [firmado como Recamier, 6 de noviembre de 1894], en *El duelo nacional: la desaparición de la plata, crónicas humorísticas de actualidad*, sel., intr., comentarios y notas de Irma Contreras García, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1988, p. 81.

² *El Imparcial*, 8 de junio de 1911; *La Gaceta de Guadalajara*, 11 de junio de 1911; *Excelsior*, 28 de julio de 1957, p. 1.

³ Humberto Musacchio, *Ciudad quebrada* (con fotografías de Pedro Valtierra), México, Océano, 1986, p. 8.

sura del desastre, para amplificar lo recientemente vivido —práctica frecuente en los órganos de prensa—, hay que compararlo con fenómenos sísmicos pasados.

Así también Rafael Pérez Gay remueve una *Breve memoria de los sismos: 2017-1985*, sumergido entre “fantasmas y edificios derruidos”⁴ en las semanas que siguieron al segundo de los trágicos 19 de septiembre. Como él, podríamos extender nuestro análisis al último, el de 2017, descubriendo muchas semejanzas con los anteriores, tratando de detectar la articulación de una experiencia. En efecto, los cataclismos se perciben y se explican a través de procesos de “significación” cultural que se construyen y quedan en la memoria para las generaciones siguientes. Algunos desastres se olvidan, en otros cambia el sentido que se les dio originalmente.

Sin embargo, este trabajo se limita a los tres terribles temblores que vivió la ciudad de México a lo largo del siglo XX. Ocurrieron los tres en la capital de la República, donde, por ser ésta sede del poder nacional, se les da una mayúscula cobertura mediática y una dimensión emblemática y simbólica. Los efectos en la ciudad de México, en un país tan centralizado como el nuestro, golpean a toda la nación, aunque se produzcan a veces más daños en otras ciudades que no atraen la misma atención. En la capital los tres alcanzaron una intensidad cercana a los ocho grados de la escala de Mercalli —el de 1911 es uno de los primeros registrados en las instalaciones del servicio sismológico nacional, que apenas acababa de ponerse en funcionamiento. Se produjeron los tres en medio de la noche —el de 1985 al amanecer—, un tiempo de oscuridad y de zozobra que intensifica sus efectos pavorosos.

Si de “tamaño temblor” —el de 1894— queda apenas un grabado de Posada, tras los tres macrosismos del siglo XX circulan en cambio un sinnúmero de dibujos y de fotografías —sobre todo respecto al de 1985— que serán también fuente de análisis. Así se va forjando una memoria tanto discursiva como visual. De ahí que este análisis se base, más que en textos reglamentarios o en informes de las autoridades sobre los hechos mismos, esencialmente en las re-

⁴ Rafael Pérez Gay, *Zona cero. Breve memoria de los sismos, 2017-1985*, México, Cal y Arena, 2017, p. 9.

presentaciones de los estragos causados por tres macrosismos vividos como catástrofes. El de 1911 supone un cambio en la percepción de un desastre natural,⁵ ya que las nuevas técnicas de impresión de la prensa dieron un amplio lugar a la imagen y la movilidad del *reporter*. La cercanía del suceso, debida a la rápida y detallada transmisión de sus inesperados e impresionantes efectos, como en el caso de un terremoto, modifica radicalmente su percepción. A lo largo del siglo XX, en tres terremotos casi equidistantes —11, 57 y 85— se podría sostener que la mediatización, asociada a una emancipación lenta pero progresiva de explicaciones metafísicas, supone una rápida y polifacética experiencia, en la Ciudad de México, de la vulnerabilidad. Vulnerabilidad entendida como inseguridad para la existencia e incapacidad de la comunidad para absorber los efectos de un cambio, así como riesgos de sufrir daños materiales, físicos, psicológicos y morales.⁶

Hemos escogido y comparado discursos y prácticas en que víctimas, testigos y observadores perciben múltiples y diversas manifestaciones de la vulnerabilidad.⁷ En primer lugar, una vulnerabilidad que podría llamarse política, cuando el gobernante y las instituciones en que se deposita el poder no brindan respuestas a la altura del suceso ocurrido. La rapidez o la lentitud de la asistencia a los gobernados, el deslinde de responsabilidades, la judicialización y el castigo, etcétera, pueden consolidar o corroer su posición de poder. En segundo lugar, ciertos grupos sociales, vulnerables por su posición económica o por su situación geográfica, reclaman estrategias de protección susceptibles de uso político, ya que “la solidaridad” o la falta de ella atenúan o agudizan los efectos desastrosos; una vulnerabilidad social remite entonces al nivel de cohesión interna que posee la comunidad. El tercer aspecto que debe considerarse al

⁵ Véase un primer acercamiento al tema en “En 1911 hasta la tierra tembló”, mi contribución a Rosa Casanova (coord.), *Francisco I. Madero: entre imagen pública y acción política, 1901-1913*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Museo Nacional de Historia, 2012, p. 57-72.

⁶ En cuanto al concepto de vulnerabilidad, este trabajo se inspira libremente en la compilación de Andrew Maskrey, *Los desastres no son naturales*, Lima, Red de Estudios Sociales para Prevención de los Desastres en América Latina, 1993.

⁷ Veáanse las definiciones en *ibid.*, en particular el texto de Wilches-Chaux.

analizar el terremoto es la vulnerabilidad física, obviamente debida a la fragilidad de las construcciones y más en general a las insuficiencias o los inconvenientes de un modelo urbanístico de desarrollo, sobre todo si se sitúa en fallas geológicas activas. Por último, se estudiará cómo las sociedades van fabricando su percepción de los riesgos, por lo que las catástrofes ya no se imputan tanto a causas externas como a la propia evolución de las mismas sociedades; podríase hablar de una vulnerabilidad ideológica, puesto que las respuestas de las sociedades a los desastres dependen de su concepción del mundo.

Los tres sismos extremos aquí considerados han sido argumento en uno de los géneros lírico-musicales que, por su amplia difusión, son útiles observatorios de la historia mexicana: el “corrido”, como subraya uno de los mejores conocedores de este género, Vicente T. Mendoza, en su conocida antología.⁸ Al ser un corpus documental “de muchos alcances y larga trayectoria” —como él mismo señala—, en este análisis se citarán primero los corridos que cantan el recuerdo de los “tres tamaños temblores” del siglo XX. Aun en nuestros días, en los que han perdido su carácter tradicional, los corridos resumen lo que queda en la memoria colectiva. Recogiendo la sorpresa y el pismo ante los extraordinarios sucesos en cuestión, a menudo son eco de la explicación que circula socialmente al respecto y de las lecciones que aquéllos deben dejar en el futuro.

*“De corridos”: entre el “temblor de Madero” y los sismos
del 19 de septiembre⁹*

En la memoria colectiva, el temblor de la madrugada del 7 de junio de 1911 quedó definitivamente asociado a la apoteótica entrada a la ciudad de México de los revolucionarios triunfantes tras la caída de Porfirio Díaz, que tuvo lugar unas horas más tarde. Entre la serie

⁸ Vicente Mendoza (comp.), *El corrido mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, intr.

⁹ Terminado este texto en 2018, la trágica actualidad reciente nos obliga a ampliar nuestro corpus, evocando el sismo del 19 de septiembre de 2017 —que obviamente no forma parte del siglo XX.

de “cantos populares maderistas”, ilustrada por un grabado de José Guadalupe Posada en la imprenta de Antonio Vanegas Arroyo, una hoja volante se dedica a la coincidencia del 7 de junio (véase figura 1).

La hoja 2 del documento presenta a un “Madero victorioso” a caballo y pondera así su entrada triunfal:¹⁰

Amigo te contaré,
Lo que el día siete acaeció.
¡Que al llegar el gran Madero
Hasta la tierra tembló!
[...]
¿Qué dices mano? ¿Qué dices?
¡La divina voluntad
Nos ayudó a que Madero
Entrara a la gran ciudad!
¡Y decían unos que sí,
Y otros decían que no!
¡Lo cierto es que a su llegada
Hasta la tierra tembló!

Recogida por Vicente Mendoza en su estudio sobre los corridos revolucionarios, otra versión del mismo “canto maderista” lleva el mismo título, aunque ostenta variaciones interesantes:¹¹

Quiso Dios que progresara victorioso
El gran caudillo que libertad nos dio,
su triunfo algo significó muy victorioso,
pues que a su entrada la tierra se cimbró
¡Hasta la tierra tembló!

Los corridos, que recuperan relatos orales de sucesos extraordinarios, hablan a menudo de catástrofes. A mediados del siglo XX,

¹⁰ Hoja volante, en Casanova (coord.), *Francisco I. Madero...*, p. 63. Corrido transcrito también en Antonio Avitia Hernández, *Corridos de la capital*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Culturas Populares, 2000, p. 81-82.

¹¹ Mendoza, *El corrido...*, p. 45



Figura 1. José Guadalupe Posada, “Hasta la tierra tembló”, en Antonio Vanegas Arroyo, *Corridos maderistas*, México, [s. e.], 1911. Colección particular.

en una época de fuerte crecimiento de los medios audiovisuales masivos, iban desapareciendo los viejos corridos de índole narrativa; sin embargo, sobrevive su espíritu de impugnación social, como la que manifiesta el corrido sobre el temblor de 1957:¹²

¹² “Corrido del terremoto”, anónimo, con música del popular “Corrido de Rosita Álvarez”, en Thomas Stanford, *El villancico y el corrido mexicano*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1974 (Colección Científica 10), p. 70, y en Avitia Hernández, *Corridos...*, p. 212-213. Otro corrido sobre el mismo terremoto, “Detalles del terrible terremoto”, en Gilberto Vélez, *Corridos mexicanos*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1982, p. 183-184, y Avitia Hernández, *Corridos...*, p. 214-215.

Corría el año del cincuenta y siete,
la magna constitución
celebrábamos ufanos
sin ver nuestra situación.
Nuestro México querido,
pueblo de contradicción,
mientras unos mueren de hambre,
otros ven televisión [...]
Y el Ángel que símbolo fuera
de nuestra emancipación,
cayó por tierra humillado,
ante tanta vejación.

Sólo en su quinta cuarteta se indica la fecha precisa del desde entonces llamado “Temblor del Ángel”:

El día veintiocho de julio,
mucho antes de amanecer,
nos dio Dios como castigo,
muestra de su gran poder.

Son, obviamente, mucho más numerosos los corridos relacionados con los grandes terremotos de 1985 —que fueron dos, aunque se recuerda sobre todo el primero, el de las 7:19 del día 19. Algunos son anónimos y a veces aparecen acompañados (en su versión en internet) de las imágenes emblemáticas del desastre. La letra adopta las convenciones del género narrativo, como este de Judith Reyes:¹³

A las siete diez y nueve
del diez y nueve de septiembre,
año de mil novecientos
ochenta y cinco pasó;
cayeron las altas torres
a causa de un cataclismo

¹³ Judith Reyes, “Corrido del terremoto”, en *ibid.*, p. 236.

y luto de golondrinas
sobre la ciudad dejó [...]

O este otro, propuesto por Rodolfo Martínez Camberos para el Primer Concurso Nacional del Corrido:¹⁴

[...] Mañana del diecinueve,
temprano empezó a temblar,
la tierra se sacudía
como queriendo pelear;
nos reclamaba lo hecho,
mas con furia sin igual:
haber construido cajones [...]

La trágica coincidencia en la fecha del 19 de septiembre ha dado nueva actualidad a ciertos cantos ofrendados a la Ciudad de México, como el del “Terremoto de México 1985 y 2017”:¹⁵

Con el corazón herido,
México lindo y querido,
a ti te vengo a cantar
que mi voz te lleve el viento,
como un sentido lamento
llegue hasta tu capital,
[...]
19 de septiembre, nunca se podrá olvidar,
ha llenado para siempre de luto nuestra ciudad;
unidos en sentimiento con los que hoy llorando están,
haremos un monumento de esta gran Tenochtitlán.

¹⁴ “19 de septiembre”, en Jorge Goldblatt Carranco, *iSeñores, tengan presente...!*, México, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1987, p. 86, y en Avitia Hernández, *Corridos...*, p. 235.

¹⁵ Interpretación de los Tigres del Norte, ilustrada con figuras emblemáticas, disponible en www.youtube.com/watch?v=CAHIkYd0rG0 [consultado: 5 de mayo de 2019].

Vulnerabilidad del poder

La llegada de Madero a la capital, en la que, como canta el corrido, “hasta la tierra tembló”, representa el sorprendente final de cuatro décadas de Porfiriato —todo un macrosismo—, en el que es posible ver un carácter premonitorio de lo que viene después. Llamar al evento el “temblor de Madero” responde a una vieja tradición que asocia un acontecimiento inesperado e inexplicable con guerras y revoluciones —como a menudo se hacía en México desde tiempos prehispánicos. Es así como se vive el sismo en la capital, en 1858, en plena guerra de Reforma, ligándose las convulsiones políticas al temblor de tierra. Y no deja de hacerlo igual, en 1911, *El Diario del Hogar*, periódico animado por el opositorista Filomeno Mata, que clama por una limpieza de empleados gubernamentales y luego, en un artículo del 15 de junio (con el significativo título, “reconstruyamos”), apela tanto a reconstruir la ciudad como a renovar pautas de comportamiento en el país, porque “debilitar, demoler y hasta aniquilar una tiranía es una obra magnífica pero incompleta”.¹⁶

En la cada vez más compleja madeja que supuso la Revolución, muy rápidamente se construye la identificación entre el cataclismo y la nueva época. Un ejemplo de tal lectura lo constituye *La ruina de la casona*, de Esteban Maqueo Castellanos, obra publicada en 1921, pero cuya primera parte concluye con los acontecimientos del 7 de junio de 1911.¹⁷ Ahí, desde las primeras páginas, la casona se presenta como una suerte de microcosmos de la sociedad mexicana de 1910, cuyos personajes —residentes en un espacio denominado “la República”— constituyen arquetipos de los diferentes grupos sociales del Porfiriato. “La Casona era grande. La Casona era buena...”, y un poco más adelante se dirá que “la Patria estaba allí, celebrando el primer Centenario de la Independencia y demostrando que era autónoma, grande y rica”.¹⁸

En la novela, el temblor de Madero causa grandes estragos en la Casona, la “que parecía construida como una fortaleza”, y se inicia entonces una larga decadencia que se prolonga a lo largo del relato.

¹⁶ “Tres temblores en un día”, *El Diario del Hogar*, 15 de junio de 1911, p. 1.

¹⁷ Esteban Maqueo Castellanos, *La ruina de la casona. Novela de la Revolución mexicana*, La Habana, Eusebio Gómez de la Fuente, 1921, p. 17-80.

¹⁸ *Ibid.*, p. 127.

El libro —cuyo subtítulo es *Novela de la Revolución mexicana*— se cierra con un juicio extremadamente negativo. El fenómeno natural, el sismo del 7 de junio de 1911, se va a convertir no sólo en “el temblor de Madero” sino también en la gran metáfora del cambio, que para algunos será síntoma clarísimo de la ruina del país. Otro terremoto, que cierra la década (puesto que ocurrió el 31 de diciembre de 1919), no queda en la memoria colectiva asociado a la ruptura que supuso la Revolución, como lo fue “el temblor de Madero”.¹⁹ Así se le dio sentido a un desastre que carecía de él y que, por su capacidad destructiva, rebasaba la razón.

Aunque la posteridad haya asociado el sismo del 7 de junio de 1911 con la llegada del héroe de los nuevos tiempos, del “apóstol de la democracia” —al igual que en tiempos antiguos se consagraba el nombre de un suceso asignándole el del santo en cuya fiesta ocurría—, las fuentes no dan cuenta de una intervención de Madero, y aun menos de su esposa, en favor de los damnificados. Más bien fue el presidente interino tras la renuncia del general Díaz, Francisco León de la Barra, quien se desplazó a las ruinas del cuartel de San Cosme para mostrar su pesadumbre y su solidaridad con los afectados. Habría que preguntarse, comparando el apersonamiento de Porfirio Díaz en escenarios de desastres naturales —tales como los sismos de 1878 y, sobre todo, de 1894—, si la visita del presidente interino es un signo de los nuevos tiempos y síntoma de un creciente papel del Estado protector, o si responde a un papel tradicionalmente asignado al depositario de la autoridad suprema. En esos días, en su camino hacia el exilio, en el vapor Ypiranga, al enterarse del temblor, el general Díaz se muestra tan apesadumbrado que pierde el sueño y envía un mensaje de pésame a su pueblo —según cuentan los diarios. Ya lejos, quien tuvo el poder debe seguir aparentando que acompaña en la aflicción a sus antes subordinados.

Es fundamental así recurrir al depositario del poder, verdadero taumaturgo, y subrayar su papel protector. En 1957, en el presidente Adolfo Ruiz Cortines hay que ver, más que la esperada compasión

¹⁹ Según Mauricio Tenorio Trillo, *Hablo de la ciudad: los principios del siglo XX desde la ciudad de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018, la noche de aquel terremoto se describe en Juan Bustillo Oro, *Vientos de los veintes*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973 (SepSetentas), p. 9-11.

por las víctimas, más que un consolador recorrido para estimar los estragos de la tragedia,²⁰ la capacidad de mando y de toma de decisiones que se espera de un Primer Magistrado. Así, al día siguiente del evento, los titulares del muy oficial *El Nacional* se encadenan en una versión tranquilizadora, una prueba más de la estabilidad del régimen: “Un sismo sin precedentes fue el que provocó pánico en la capital. Inmediata intervención del presidente para dar auxilios. Venturosamente no tuvo perfil catastrófico lo ocurrido por el temblor. Control de la situación del DF por el Jefe del Departamento con elementos a sus órdenes”.²¹ Según el cronista Salvador Novo, apenas ocurrido el terremoto en medio de la noche, el presidente estaba “ya enfrentado a cuatro teléfonos, dando órdenes e instrucciones. Nadie durmió ya. Todo fue actividad inmediata, organizada y eficaz en Los Pinos, de donde salieron a inspeccionar los daños”.²² Y el semanario *Hoy*, unos días más tarde, elogia en su editorial cómo “La desgracia quedó atrás”: “la gran emergencia consolidó voluntades y logró unidad vasta, extensa, del Régimen [...] Y en el despacho del hombre que tiene a México en la mente, en la voluntad y en la realización ejecutiva, se lograron la dramática madrugada del 28 de julio decisiones y planes que hablan de la fortaleza de un régimen”.²³ Se moviliza a la nación entera en torno a su poder central, en una especie de unión sagrada.

Sí, hubo una desgracia, pero “México está en pie”. En el 57, en redundantes y semejantes versiones sucesivas, diarios y revistas atacan un “amarillismo antimexicano” surgido de la boca de “algunos locutores” de radio que hablaron de una ciudad arrasada: “sensacionalismo [que] infunde pánico en un pueblo que, en momentos críticos y sin desconocimiento de la verdad, necesita conservar su

²⁰ Términos usados por el titular de *La Prensa*, 30 de julio de 1957, p. 1.

²¹ *El Nacional*, 29 de julio de 1957, p. 1.

²² Salvador Novo, “Cartas a un amigo”, *Hoy*, n. 1069, 17 de agosto de 1957, p. 23-25. Este artículo se incluye en *La vida en México en el período presidencial de Adolfo Ruiz Cortines*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, v. III, p. 139.

²³ Editorial, “La desgracia quedó atrás”, *Hoy*, n. 1068, 10 de agosto de 1957, p. 23-25.



Figura 2. Cabral, “Mírala [la ciudad] descalabrada y agripada, pero alegre y confiada”, cartón [caricatura], *Hoy* 1068, 10 de agosto de 1957, p. 4.

equilibrio moral”.²⁴ Una caricatura de Cabral en *Hoy*²⁵ representa a una china poblana, con todos los atributos de la nacionalidad, como la alegoría de una ciudad descalabrada —cubiertas sus heridas con parches y la caja de aspirinas a la mano—, pero alegre y confiada.

No se trata sólo, en airados y patrióticos editoriales, de la triste imagen que podrían tener los vecinos del norte de un país herido —Acapulco resultó particularmente afectado y varios hoteles capitalinos quedaron inutilizados—, sino de posibles cancelaciones por parte de los viajeros en una época de expansión de la industria turística: “nos visitará el turismo, con o sin temblores”.²⁶ Desde la

²⁴ Editorial, “Lecciones del terremoto”, *El Universal*, 30 de julio de 1957, p. 3.

²⁵ “Mírala [la ciudad] descalabrada y agripada, pero alegre y confiada”, caricatura de Cabral en *Hoy* 1068, 10 de agosto de 1957, p. 4.

²⁶ Titular en *Excelsior*, 2 de agosto de 1957, p. 1, 15.



misma oficina de prensa en Los Pinos se dicta la correcta interpretación de los hechos. Y es el tlatoani quien habla.

La catástrofe pone en jaque la organización de los poderes al enfrentarlos con situaciones de urgencia y de gran incertidumbre. Eso fue lo que faltó en 1985. Flagrante fue la inoperancia del Ejecutivo y la ineptitud de las autoridades locales. El Plan DN-III, concebido desde hacía décadas para enfrentar emergencias, parecía servir sólo para proteger propiedades afectadas por el sismo, pues de hecho impidió que se salvaran vidas y fueron abundantes las acusaciones de robo lanzadas a policías y soldados: “El Ejército demolió el edificio y una persona viva, cuyos llamados todos oyeron, murió víctima de la arbitrariedad y del poder”.²⁷

El presidente Miguel de la Madrid, que se hace presente sólo tras 39 horas para reconocer que la tragedia ha rebasado “en muchos casos” al gobierno, se rehúsa sin embargo a recurrir a la ayuda externa porque “somos autosuficientes”.²⁸ En una capital a la que los medios internacionales creen devastada, se pretende reducir por decreto la vulnerabilidad. Finalmente, fueron acogidos —y muy bien— destacamentos de bomberos y especialistas en salvamento provenientes de muchos países, entre los que destaca Estados Unidos, cuya ayuda es dudosa para algunos corridistas como Judith Reyes:²⁹

Estados Unidos echa
la mano como ninguno,
causa de esto desparrama
al fin la buena vecindad,
ya es tiempo que el presidente
mejor nos vaya diciendo
cuánto va a cobrar el gringo
por lo que dice que da.

²⁷ Elena Poniatowska, *Nada, nadie. Las voces del temblor*, México, Era, 1988, p. 183. Juan Briseño Guerrero y Ludka de Gortari Krauss, *De la cama a la calle: sismos y organización social*, México Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1987 (Cuadernos de la Casa Chata), p. 9.

²⁸ *Ibid.*, p. 24-25, 192.

²⁹ Judith Reyes, en Avitia Hernández, *Corridos...*, p. 237.

En busca de una legitimidad perdida, se instaló oficial, tardía y pomposamente una Comisión Evaluadora del Sismo que debía coordinar las labores de reconstrucción. Fueron patéticos los discursos del ritual autocelebratorio que, sin corresponder a ninguna realidad del catastrófico momento, giraba en torno a la figura de un Mandatario Taumaturgo al que, en nombre de todos los gobernadores, elogiaba así el del Estado de México: “Ciudadano Presidente: los estados de la República nos sentimos contagiados de su emoción y vocación de servicio, nos sentimos comprometidos con su liderazgo sereno y firme”.³⁰ Es harto conocido cómo en minutos, en horas, durante largas semanas, se improvisaron voluntades anónimas que por todas partes cuidaron de las víctimas y de los damnificados, de los innumerables deudos, que se movilizaron precisamente al margen y en contra de los que, por su impericia o su corrupción, fueron despojados de la autoridad legítima. Conocido y repetido hasta el cansancio, el tópico de que entonces apareció en México la sociedad civil, “la abstracción que al concretarse desemboca en el rechazo del régimen, sus corrupciones, su falta de voluntad y de competencia” como resume Carlos Monsiváis en sus crónicas que, desde su título, “*No sin nosotros*”, resumen la independencia política que adquiere forma en nuevas organizaciones surgidas al margen del partido oficial que suponen la visión utópica de una sociedad equitativa e incluyente: un vigoroso y duradero movimiento urbano-popular, el resurgimiento de comunidades eclesiales de base, la eclosión de ecologistas e innovadores profetas de la tierra. Si a los sismos “del 85” se les resguardara en la memoria colectiva con otro nombre que el del año en que ocurrieron, podrían denominarse entonces los de “la Sociedad Civil”, que aparece y despierta.³¹

Entre tantas imágenes “del 85”, que quedan en la memoria y que ilustran eficazmente tanto obras testimoniales —las de Monsiváis o de Poniatowska en primer lugar— como filmes recientes e

³⁰ En Carlos Monsiváis, “No sin nosotros”, en *Los días del terremoto, 1985-2005*, México, Era, 2006, p. 120.

³¹ *Ibid.*, p. 124-125.



Figura 3. “Crujir de arterias”. Fotografía de José Rodríguez Macías

historietas ilustradas,³² destacan el reloj marcando la hora fatídica del sismo —7:19— en el edificio contiguo al hotel Regis y éste allí mismo colapsado. Fueron numerosas esas tomas, no sólo a manos de reporteros del mundo entero, sino también de testigos atónitos ante la magnitud del desastre: detrás de las ruinas de ese “personaje” del siglo xx —lugar-testigo de las bambalinas de la vida política— que fue el lujoso y conocido Regis, y de la nube de polvo que las cubría, seguía erguido el monumento a la Revolución.

En cambio, el de 1957 es unánimemente recordado como el “del Ángel”. En páginas escritas a principios de los ochenta, Poniatowska cuenta con gracia un detalle significativo de lo ineludible que representa la figura: “a la niña Titi le preguntaron en la escuela que cuándo se había iniciado la Independencia de México, y respondió oronda: ‘Cuando se cayó el Ángel’”.³³ Y es que, a lo largo del siglo xx,

³² Por ejemplo, Fabrizio Mejía Madrid y José Hernández, *Septiembre. Zona de desastre*, México, Sexto Piso, 2013.

³³ Elena Poniatowska, “Ángeles de la ciudad”, *Fuerte es el silencio*, México, Era, 1980, p. 13.

desde los festejos del centenario de la Independencia en que se inauguró, la figura alada y dorada que corona la columna —una Nike o Victoria Alada— fue convirtiéndose en “nuestro Ángel guardián”,³⁴ que da su nombre a un frecuentado lugar de encuentro, símbolo mismo de la ciudad.

Tan parecía impensable que se derrumbara el que había sido durante medio siglo el vigía de la capital, que, en la prensa ilustrada de los cincuenta (a veces en los suplementos dominicales a color, como en *Hoy*), se opone el “antes” y el “después”. El terremoto es una oportunidad para reconstruir los pormenores de su primitiva construcción, para explicar los detalles alegóricos del monumento y para recalcar que podía repararse, ciertamente tras un aparatoso accidente, pero con una suerte de autosatisfacción, sentimiento de que el país iba por un buen camino —“no hay más ruta que la nuestra”, decía entonces la propaganda.

Consuelo para la nación herida, el caído, pese a que “se veía muy grande en el suelo”, “ni en su caída y en su muerte, el ángel de la victoria había soltado el laurel de la victoria que tantos años había sostenido...”,³⁵ y el emblema se vuelve, de la Nación toda, “Ángel de la Victoria”: “victoria de México sobre todos los obstáculos que se han opuesto y pueden oponerse a su marcha ascensional”, dice contundente el editorial de *Excelsior*.³⁶ La prensa se hace eco de los ofrecimientos de generosas contribuciones para su reparación, así como luego, agrega Poniatowska, “tuvo muchos visitantes en su cuarto de enfermo; incluso se le podía ver desde el viaducto”.³⁷

Si el “temblor de Madero” se construye en la memoria colectiva con un significado parecido al del 85, como un parteaguas, como un signo de los cambios históricos que va a vivir el país, el de 1957 no representa una ruptura; al contrario: en la prensa se reafirma el presidencialismo priista y la estabilidad del régimen posrevolucionario.

³⁴ Roberto Núñez y Domínguez, “El Ángel caído”, *Excelsior*, 1 de agosto de 1957, p. 6. Luis Lara Pardo, “Las aventuras del Ángel”, *Excelsior*, 2 de agosto de 1957, p. 7.

³⁵ “El Ángel caído. Un símbolo se derrumba, pero otro se levanta”, *Siempre*, v. 22, n. 215, 7 de agosto de 1957, p. 9.

³⁶ Bernardo Ponce, “Perspectiva”, *Excelsior*, 30 de julio de 1957, p. 6.

³⁷ Poniatowska, *Fuerte es el silencio...*, p. 14.



Éste es tanto más fuerte, a pesar del derrumbe del Ángel —todo un símbolo—, cuanto reacciona adecuadamente y con prontitud a los estragos de la naturaleza. Obviamente no ocurre lo mismo en 1985. Al cerrarse el siglo xx, además del modo similar en que las masas ocupan el espacio capitalino —esperanzadas en 1911, desesperadas en 1985—, ambos terremotos quedan en la memoria como presagio de un cambio democrático.

Vulnerabilidad en la gran ciudad

Los tres macrosismos del siglo afectan zonas específicas de la Ciudad de México: el centro y las nuevas colonias hacia el poniente en 1911. *El Correo Español* cuenta al día siguiente del sismo 49 fallecidos en la capital y 39 “malheridos”, además de enumerar muchos daños en 200 modestos edificios de Santa María la Redonda, en la iglesia de San Pablo y el templo de La Profesa, en la Cárcel de Belem, el Palacio Penal y el recién construido Instituto Geológico; en el mismísimo Palacio Nacional uno de los candiles de los salones presidenciales se desprendió y fue a estrellarse contra una pintura que representaba a Hidalgo, destrozando la representación del Padre de la Patria.

Los terremotos posteriores ampliarán sus estragos a medida que se expande la ciudad, hacia el sur —colonias Roma y Doctores—, el norte y el noreste —Peralvillo y Tlatelolco—, fundamentalmente. En 1985, fue la Delegación Cuauhtémoc la más afectada —en 56%—, seguida de Venustiano Carranza, al oriente —18%—, y Benito Juárez, al sur —17%—. Cabe subrayar lo concentrados que están los daños en la parte central de la metrópoli, evidentemente marcada por el desecamiento del medio lacustre, de donde han emigrado en la segunda mitad del siglo las clases acomodadas. Es obvio que ciertas zonas son naturalmente propensas a los nefastos efectos de los movimientos telúricos —y esto puede decirse respecto a todo el territorio mexicano. Pero un macrosismo aumenta considerablemente su vulnerabilidad, “vulnerabilidad diferencial” porque afecta más a los sectores más desfavorecidos.

Aun si en 1911 es un evidente signo de su “impetuosidad extraordinaria” el que, como dice *El Imparcial*,³⁸ se caigan las casas mejor construidas y las columnas que servían de ornato en las habitaciones, nadie se salva del fuerte temblor. La lectura de la catástrofe es política, como se aprecia desde el día siguiente en la nota editorial de *El Diario del Hogar*, el conocido periódico opositor al Porfirismo, diario que se indigna ante las fallas humanas, de las que son culpables los gobernantes, más preocupados por los fastos centenarios del año anterior que por una administración responsable en lo cotidiano. El periódico denuncia el “abandono criminal en que se tienen algunos edificios públicos visiblemente en mal estado y que, a pesar de las observaciones hechas repetidas veces por autorizados ingenieros militares, continuaron ocupados sin tomarse las precauciones debidas”.³⁹ En 1911, “la catástrofe estaba prevista aun sin el extraordinario movimiento sísmico”, que no pide tanto castigos sino medidas de prevención concretas y simples: que sean desalojados todos los edificios del gobierno que no estén en condiciones de absoluta seguridad. Resultado de tal abandono son “cadáveres horripilantes de los pobres artilleros”, cuya penosa búsqueda entre los escombros en un cuartel militar del barrio de San Cosme muestra la prensa ilustrada, así como también los desperfectos en flamantes edificios nuevos, apenas inaugurados durante las fiestas del Centenario, como la Escuela Normal de Maestras. Y, una semana más tarde, en que sigue habiendo réplicas —el día 14, por ejemplo, hay tres temblores—, se extraña el periódico de que no se haya averiguado nada sobre el derrumbe del cuartel.

En 1957, en un terremoto de magnitud similar al anterior, se conocieron el mismo día 59 muertos y 657 heridos en la capital, y más de 800 víctimas en nueve estados del país, pero, al continuar los derrumbes en los días siguientes, se suman 700 muertos y más de 2500 heridos.⁴⁰ En cuanto al 85, es imposible indicar cifras exactas, cuya magnitud, por trágica, es bien conocida: en horas siguientes a la catástrofe se habla ya de 4000 muertos, de 7000 desaparecidos,

³⁸ *El Imparcial*, 8 de junio de 1911, p. 5.

³⁹ Editorial, *Diario del Hogar*, 8 de junio de 1911, p. 1.

⁴⁰ *Excelsior*, en su titular del 29 de julio, anuncia “35 muertos, cientos de heridos y 100 desplomes en la capital”. Las cifras aumentan en los días siguientes.



de 10 000 heridos.⁴¹ Según cifras de las autoridades capitalinas (dadas a conocer en 1987), 4 541 cadáveres fueron presentados al Ministerio Público, se registraron 15 936 heridos, hubo aproximadamente 100 000 familias damnificadas y 12 000 inmuebles dañados.⁴²

El “corrido del temblor del Ángel” recalca cómo, en un país que festeja el centenario de la Constitución liberal y que se precia de su desarrollo estabilizador, se hacen visibles las desigualdades sociales: el hambre en una sociedad de consumo. En 57 textos e imágenes de la prensa se subrayan, mucho más que en 1911, los efectos sociales del sismo. Si las “estampas de la tragedia” captadas por los lentes de la famosa empresa Casasola son impresionantes fotografías de edificios derrumbados,⁴³ las de Héctor García, en numerosas páginas del semanario *Mañana*,⁴⁴ revelan “el rostro humano” del desastre, enfocando el lente a dramáticos detalles —los pies de un cadáver, los trozos de cuerpos de albañiles atrapados entre los escombros que connotan las fisuras de la sociedad.

La prensa capitalina, que está muy lejos de ser revolucionaria, da una imagen de estos flagrantes contrastes en dibujos alusivos, como el del diario de Audiffred,⁴⁵ en que una casa con la silueta de un ricachón ve sorprendida a su lado al vecino derrumbado: en cada sismo no resultan tan afectadas las colonias donde viven los grupos más acomodados, sino las viviendas populares —construidas por el Estado benefactor de la posrevolución—, frágiles y pequeñas, aunque abrigan a un número mayor de víctimas y, por tanto, de damnificados.

A lo largo de varios días, el lector de los periódicos vive un relato digno de un folletín: la angustia de la esposa del velador de un edificio derruido que se instala en espera del cuerpo de su marido. Los reflectores fijan su atención en un edificio de la colonia Roma, en la esquina de Álvaro Obregón y Frontera, terminado apenas tres meses antes y en el que no se salvó nadie: la prensa lo designa “La Tumba”.

⁴¹ Poniatowska, *Nada, nadie...*, p. 20.

⁴² Monsiváis, “*No sin nosotros...*”, p. 110.

⁴³ “Eran las 2.42 horas de la madrugada...”, *Hoy* 1068, 10 de agosto de 1957, p. 36-40.

⁴⁴ “La catástrofe”, *Mañana* 727, 3 de agosto de 1957, p. 6-15.

⁴⁵ “Siluetas de Audiffred”, *El Universal*, 30 de julio de 1957, p. 2.



Figura 4. “Eran las 2.42 horas de la madrugada...”, *Mañana* 727, 3 de agosto de 1957, p. 6-7. Fotografías de Héctor García



Figura 5. [Caricatura] “Siluetas de Audiffred”, *El Universal*, 30 de julio de 1957, p. 2



Se convierte en un emblema, no sólo de una construcción imprudente y de una promoción fraudulenta, sino también del abuso de ciertos grupos sociales a los que la prensa señala como responsables:

el propietario del inmueble que trata, por todos los medios, de sacarle el mayor provecho [...] esto se llama VORACIDAD [*sic*, en mayúsculas]. El constructor del edificio, arquitecto o ingeniero, que por no perder el cliente, accede a sus exigencias. Hay terceros, funcionarios de Obras Públicas y representantes de la sociedad. Éste es un perito [...] la voz popular ha dado en llamarlos [a él y a sus colegas] “firmones”. ¿Cuál de los tres es el más responsable? El último, porque además de poseer las virtudes de los otros dos merece también el calificativo de criminal [...] Resumiendo, se trata de “una verdadera maffia”.⁴⁶

Se repite que la mayor parte de los propietarios de los edificios destruidos son extranjeros: lógico, se añade, porque hay muchos extranjeros en “nuestra” metrópoli y muchos se han enriquecido. Para hacer justicia en “La Tumba”, se persigue y se detiene a los propietarios, de nombres exóticos —“se habla de que son israelitas”:⁴⁷ Bielaz Russinak y Rosenfeld Umberg. Ambos acusan, ya en la penitenciaría, al arquitecto de la obra, un mexicano llamado Teodoro Vega, que termina sus días suicidándose.

A ingenieros y arquitectos,
buen escarmiento han de dar,
si no, pasado algún tiempo,
México se va acabar.⁴⁸

Reparto de roles y reafirmación nacionalista... En el mismo “corrido del terremoto del 57”, se evoca otro edificio cuyo derrumbe busca también responsables: el situado en Insurgentes 373, llamado

⁴⁶ Adrián García Cortés, “Grado séptimo”, *El Universal*, 1 de agosto de 1957, p. 3.

⁴⁷ “Declararon ante el juez los constructores de la tumba”, *El Universal*, 8 de agosto de 1957, p. 11. *Excelsior*, mofándose: “Bielaz Russinak y Rosenfeld Umberg se dicen blancas palomitas”, 9 de agosto de 1957, p. 26A.

⁴⁸ “Corrido del terremoto”, en Avitia Hernández, *Corridos...*, p. 213.

“Rioma” —anagrama de su propietario, el conocido cómico, entonces en su apogeo, Mario Moreno:

De su pérdida Cantinflas
no se quedará en la calle,
pues como es caritativo,
joven, “Ahí está el detalle!”⁴⁹

Evidentemente, en un conglomerado urbano que se ha extendido sin medida, hacia lo alto y en todas direcciones, en una ciudad que crece desde los veinte, se observan muchos daños precisamente tanto en construcciones recientes como en los edificios que representan la modernidad de la urbe. Es un síntoma que 21 cines y 5 teatros deban ser clausurados, cuando al día siguiente del temblor se hace un primer balance: “35 muertos, cientos de heridos y 100 desplomes en la capital”.⁵⁰ Pero, desde los primeros informes sobre el potencial destructivo del temblor, éste se presenta como una oportunidad, como una “tremenda experiencia que debemos capitalizar” —los términos son elocuentes—: por igual las autoridades, los profesionales de la construcción y los habitantes todos de la metrópoli. La tragedia no debe imputarse a la naturaleza, sino a los “culpables”, a los que hay que designar.

Tras años de condescendencia, se pasaría a una nueva época en que las construcciones del futuro se sujetarían a rígidas normas y se acabaría la anarquía. Se denuncia durante días y semanas a malos y a corruptos, para salvar el prestigio —como lo hace Salvador Novo en sus apuntes— de “una nueva y brillantísima generación de constructores del México sólido, nuevo y airoso que todos amamos”.⁵¹ Ciertamente se cae el Ángel —por lo demás, un resto del Centenario porfirista, gloriosa huella del pasado—, pero sigue incólume la Torre Latinoamericana, símbolo del porvenir, majestuoso rascacielos terminado el año anterior. El mérito de su constructor, Leonardo Zeevart, que encarna el trabajo bien hecho —y no el de criminales

⁴⁹ *Idem.*

⁵⁰ *Excelsior*, 29 de julio de 1957, p. 1; 30 de julio de 1957, y 31 de julio de 1957, p. 1.

⁵¹ Novo, “Cartas...”, p. 140.

chapuceros—, se vuelve argumento para anuncios publicitarios.⁵² Los “lugares de memoria” que del “temblor del Ángel” quedan en la capital son justamente un pedazo del rostro de la estatua —como reliquia rescatada, hoy en el umbral del Archivo Histórico de la Ciudad— y la placa conmemorativa que en la Torre misma realiza la proeza arquitectónica que representó su construcción.⁵³

El “México sólido, nuevo y airoso” es el que, unos días antes del terremoto, por un azar del calendario, el presidente Ruiz Cortines había inaugurado: tres mercados (los de Cartagena y de Portales, entre ellos), un largo tramo del viaducto Miguel Alemán, 27 escuelas, rastros, “una ciudad que no conocíamos”, resume *Mañana* en su titular.⁵⁴ En esos mismos días, con viviendas populares construidas por el Seguro Social en Santa Fe, “México ve nacer una nueva ciudad” feliz, para 12 000 pobladores.⁵⁵ La Ciudad Universitaria, la Torre Latinoamericana, la Unidad del Bosque o la “SCOP” (Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas), que se colapsó en el del 85: tales son las obras que impiden poner en entredicho la capacidad del “gremio de constructores de México” elogiado por Novo...⁵⁶ En 1957 merecía también particulares aplausos el Centro Médico, uno de los lugares de la tragedia de 1985: “Ni el más leve daño sufrió el Centro Médico”.⁵⁷

No obstante tal optimismo generalizado, con el terremoto del 57 “se cuartea la Arquitectura mexicana”, como titula su texto Wilberto Cantón en una revista ilustrada donde el pintor Siqueiros califica a México como “la ciudad más fea del mundo”, porque se construye

⁵² El de Seguros Azteca, por ejemplo, en *El Universal*, 1 de agosto de 1957, p. 13.

⁵³ La “Latinoamericana” se convierte en uno de los emblemas de la capital, como lo eran ya el Monumento a la Revolución y sobre todo “El Ángel”, la victoria alada erigida por el Porfiriato: en 1957 sólo ésta fue afectada.

⁵⁴ *Mañana* 727, 3 de agosto de 1957, p. 48. *Hoy*, en su edición del 3 de agosto de 1957, presenta, con fotografías de Casasola y texto de Raúl de la Cruz, “La Ciudad de Santa Fe”, un “pueblo nuevo y feliz” creado por el Seguro Social.

⁵⁵ Miguel Ángel Custodio, “México ve nacer una nueva ciudad”, en *Siempre* 213, 24 de julio de 1957, p. 56-59.

⁵⁶ Novo, “Cartas...”, p. 140.

⁵⁷ Titular de *El Universal*, p. 6.

con una gran anarquía, con “un libertinaje arquitectónico, un caos de estilo que es producto del caos técnico”.⁵⁸ Se rebela contra “el rascacielismo”, cuya base es el lucro, la necesidad de aprovechar el terreno. Si entre las “lecciones” del 11 se pueden contar las denuncias del deterioro de viviendas populares, por ser viejas, en 1957 ya se plantean claramente interrogantes sobre la vulnerabilidad de la construcción moderna: ¿es menos segura que la antigua? ¿Son incompetentes los ingenieros y los arquitectos que nunca fueron evocados en 1911? El crecimiento hacia arriba es denunciado en la prensa desde el terremoto del 57. Si bien la Torre Latinoamericana representa un maravilloso alarde de la ingeniería, se reconoce que ni los constructores ni los inversionistas pueden sistemáticamente, sin agotar sus recursos, seguir ese ejemplo. Solución más bien sería el “modelo granja” o ya claramente la desconcentración de la capital, que algunos juzgan asociada a un “traslado impracticable”:⁵⁹ dicha alternativa será a menudo enunciada tras el de 1985. Otra “moraleja del sismo”⁶⁰ fue el requerimiento de observar y diagnosticar el estado de las construcciones —los efectos de la cimentación sobre los pilotes, la solidez del concreto o del acero, los destrozos en ventanas de edificios cuya estructura no se resintió, etcétera—, pues ello aportaría conclusiones que deberían llevarse “al papel, [para ponerlas] a la disposición de la ciencia”. Se elaboraría un más restrictivo reglamento, e instituciones como la Cámara Nacional de la Industria de la Construcción organizan con esos fines un ciclo de conferencias sobre sismos y revisión de daños.⁶¹ Se debía proponer la definición de una imagen de un área delimitada, con los análisis geográficos, geológi-

⁵⁸ Luis Suárez, “México, la ciudad más fea del mundo. Entrevista con Siqueiros”, *Mañana* 729, 17 de agosto de 1957, p. 24-27; Wilberto Cantón, “Con el temblor se cuartea el prestigio de México. La arquitectura”, *Siempre* 217, 21 de agosto de 1957, p. 66-68.

⁵⁹ Ortega, “Futurismo, lección y aviso”, *El Universal*, 30 de julio de 1957, p. 3, 34.

⁶⁰ Antonio Enríquez Savignac, “La moraleja del sismo”, *El Universal*, 30 de julio de 1957.

⁶¹ Previsto para octubre de 1957 en el Auditorio de la Facultad de Ciencias de la Ciudad Universitaria. En el programa se anuncian Jesús Figueroa, Raúl Marsal, Leonardo Zeevart, Emilio Rosenblueth, Roberto Mantilla (Problemas legales),

cos, ecológicos y de infraestructura, así como implementar en forma concertada instrumentos administrativos, jurídicos y fiscales. Al verse los efectos de los siguientes macrosismos en la capital, cabe preguntarse si se ha llevado a cabo aquella planeación de un mejor desarrollo urbano.

Desde el día siguiente al temblor del 57, el sobrio dibujo de Abel Quezada afirma sólo que “no hay tiempo para lágrimas: hoy comienza la Reconstrucción”.⁶² Y “a Reconstruir, no a lamentar”, ape-la el editorial de *Siempre*, ya a fines de julio, así como *La Prensa* pone “Fin a las lágrimas y ¡a trabajar! otra vez”.⁶³ Y “que ese ritmo constructivo no se frene”, es el deseo del editorialista de *El Universal* al sacar “Lecciones del temblor”, con entusiasmo por las construcciones particulares en las nuevas colonias y la inauguración de obras públicas.⁶⁴ Aunque se clamara en 1957 por más rigor en el uso del suelo y en el respeto a los códigos de construcción, se siguieron construyendo “cajones”.

Veintiocho años más tarde, uno de los corridos del 19 de septiembre dice de la gran ciudad:⁶⁵

[...]

Le quitamos zonas verdes,
ya no podía respirar,
automóviles la ahogaban,
de ellos se logró vengar.
Monumentos coloniales,
casas con gran tradición,
palacios que son su orgullo,
a esos les dio su perdón.

Eduardo Horneda (Problemas económicos) y Ramírez Vázquez. Folleto conservado en la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada (08, caja 8, folleto 48).

⁶² Dibujo de Abel Quezada, *Excelsior*, 29 de julio de 1957, p. 6.

⁶³ Titular de *La Prensa*, 31 de julio de 1957, p. 1; Editorial, *Siempre*, v. 22, n. 215, 7 de agosto de 1957.

⁶⁴ Editorial, *El Universal*, 30 de julio de 1957, p. 3.

⁶⁵ Rodolfo Martínez Camberos, “Corrido del terremoto”; Jorge Goldblatt Carranco, *iSeñores, tengan presente...!*, p. 86, y Avitia Hernández, *Corridos...*, p. 235.

Bajo las losas de concreto y las construcciones colapsadas, los cadáveres dejaban ver las heridas de una sociedad profundamente injusta: los marginales en el desarrollo urbano que debían pagar por cuartos de azotea en Tlatelolco, el hacinamiento de familias en las vecindades de Tepito, las fábricas clandestinas de San Antonio Abad —cuyos dueños pretendían obsesivamente salvar sus máquinas más que a las costureras muertas y heridas que allí eran explotadas—. 1985 verá todavía más espectacularmente contrastes y desigualdades socioeconómicas, como señala uno de los testimonios recogidos por Poniatowska: “del ahogo en sangre nació la rabia, el deseo de cambio, el ‘no hay derecho’, y ahora Evangelina Corona es dirigente, sale a la luz pública y blande su puño, micrófono en mano”.⁶⁶ En los innumerables relatos del salvamento de sobrevivientes es unánime la prensa, que asocia una perspectiva de género al descubrimiento de las realidades sociales (“como no sabíamos nada de nada, creíamos que los patronos eran buenos”)⁶⁷ y a la denuncia social.

Es lo que declara en su portada *El Gallo Ilustrado*, suplemento de *El Día*: “No queremos regresar a la normalidad”. La conciencia de lo que fue “la normalidad” antes del terremoto, que contribuyó al colapso, e incluso que lo provocó, se volvió un rechazo a todo el orden existente. Antes víctimas impotentes, los damnificados se organizan ahora “desde la banqueta”⁶⁸ y se convierten en agentes políticos. Dicen orgullosos que se han redescubierto a sí mismos, que han visto de lo que son capaces, “se han re-conocido unos a otros. Y ya no pueden ni quieren dar marcha atrás”.⁶⁹ Un interlocutor de Elena Poniatowska interroga: “¿Qué pasa después? ¿Aprenderemos bien la lección o vamos a seguir de aquí pa’l real, a ver, a ver de a cómo nos toca, diciéndonos ‘ni modo, manito, ni modo, aquí nos tocó?’”.⁷⁰ Porque volver a la normalidad es darles carpetazo a miles de asuntos pendientes, a familias sin techo, al hallazgo de cuerpos torturados bajo lo que fue la Procuraduría, a quitar de la vista las

⁶⁶ Poniatowska, *Nada, nadie...*, p. 222.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 220.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 126.

⁶⁹ Citado por Musacchio, *Ciudad quebrada...*, p. 71.

⁷⁰ Poniatowska, *Nada, nadie...*, p. 186.



Figura 6. “Ni modo, manito, ni modo, aquí nos tocó”.
Fotografía de José Rodríguez Macías

ruinas —con todo lo que suponen—, a especular con los terrenos donde antes malvivía la gente. Organizaciones recién creadas denuncian el burocratismo de los funcionarios, exhiben el abismo que separa a las autoridades de los dramas que debían enfrentar, se oponen activamente a los desalojos, se movilizan en Tepito para permanecer en el barrio y actúan contra la expropiación de predios. La “Reconstrucción” dio lugar, también, tanto a la planeación de lugares conmemorativos —hasta en el subsuelo, en las estaciones del metro Balderas y Centro Médico— como a la transformación del gran conjunto simbólico que es el Paseo de la Reforma.

Frente al regreso a la “normalidad” que el gobierno pretende acelerar a pesar de su costo y su magnitud, el rechazo a la reconstrucción “sin nosotros” puede verse en un sentido doble: se manifiesta una oposición frontal a la remoción de las ruinas, tanto para salvar a los pocos sobrevivientes que quedan en ellas como para evitar la desaparición de pruebas concretas del “crimen por negligencia”, particularmente en Tlatelolco. En este conjunto de viviendas que debían ser populares —proyecto que pretendía ser un

modelo urbanístico—, el enemigo en quien se concentraron todas las culpas de un sistema, más que ingenieros y arquitectos anónimos, es el secretario de Desarrollo Urbano y de Ecología, Guillermo Carrillo Arena. Los damnificados movilizados viven como amenaza un plan gubernamental para desalojarlos de esas zonas céntricas y denuncian el intento de especular con el suelo y hacer de la Alameda hasta Tlatelolco un gran parque con museos, edificios coloniales y establecimientos comerciales.⁷¹

Un “no sin nosotros”, después de 1985 lo representa también la exigencia de participar en las decisiones y en la gobernanza de la gran ciudad, hasta entonces —en tanto capital federal— cúpula y espacio “natural” de un poder omnímodo. Como la categoría de ciudad capital de que gozó el Distrito Federal supone una concentración de agentes de decisión económica y política a escala nacional, es hasta la fecha una escena privilegiada para ver las relaciones de poder. El gran dilema fue, desde 1985, que la “sociedad civil” supuestamente nacida con el terremoto tuviera o no voz y voto. Cabe preguntarse ahora si lo han permitido las reformas institucionales de los noventa —la elección libre, mediante sufragio universal, de sus autoridades— y, más recientemente, la desaparición del Distrito Federal.

Vulnerabilidad del conocimiento

En aquel “inmortal 7 de junio” de 1911, “ninguno sabía que por voluntad de Dios la aurora saludaría” el triunfo de Madero en la Ciudad de México. Y, como canta el corrido, el 28 de julio de 1957 “nos dio Dios como castigo muestra de su gran poder”. Persisten huellas del recurso a la divinidad aun en las épocas de desacralización contemporánea. Se dice entonces, “frente a la fatalidad” —título del editorial de *El Nacional*—, que “las fuerzas poderosas de la naturaleza son todavía incontrolables para el hombre [...] Una vez más se ha comprobado lo anterior. En plena era atómica, en el siglo de la electricidad y de los aviones”, no queda sino asombro,

⁷¹ *Ibid.*, p. 277.

impotencia y pánico ante eventos que nos rebasan totalmente.⁷² En momentos de pavor, de inseguridad vital, resurgen creencias milenaristas suscitadas por las catástrofes incomprensibles, a las que hay que encontrarles un sentido. El 19 de septiembre de 1985, la única expresión posible son los titulares de los periódicos de mediodía, en su obvia brevedad impotentes y redundantes: “Terremoto”, “Miles de muertos”, “Tragedia”, “Catastrófico”, “Fue espantoso”, a los que hay que agregar, para resaltarlo, el que mejor da cuenta de la imposibilidad de explicar y nombrar lo indecible: “¡Oh, Dios!”⁷³

No se plantea ya explícitamente en nuestras fuentes que el desastre pueda asociarse con algún presagio ni se explica como un castigo divino por el agitado panorama político del país, como pudo ocurrir en épocas remotas, y todavía con los sismos del siglo XIX. Pero persiste la referencia a una voluntad metafísica que no se llama azar, buena suerte o fortuna, cuando se canta a un México que no se sabe si es la ciudad o la nación, “herido” en los terremotos más terribles y más recientes, los del 19 de septiembre:

la madre naturaleza
te ha querido doblegar
pero Dios no lo ha querido,
solamente has sido herido...⁷⁴

Parecería que, en el siglo XX, tras un proceso de desacralización, se ha abandonado la práctica de asociar un terremoto al santo del día en que tuvo lugar y que deja de ser costumbre encomendarse a los habituales protectores para este género de calamidades. Sin embargo, en la compilación dirigida por Virginia García Acosta,⁷⁵

⁷² Editorial, *El Nacional*, 30 de julio de 1957, p. 3.

⁷³ Títulos recogidos por Poniatowska, *Nada, nadie...*, p. 20. “Terremoto”, *El Gráfico*; “Tragedia”, *Últimas Noticias*, 1a. ed.; “Miles de Muertos”, *Últimas Noticias*, 2a. ed.; “Catastrófico”, *El Sol de México*; “Fue espantoso”, *Novedades*; “¡Oh, Dios!” *La Prensa*.

⁷⁴ Véase nota 12, *supra*.

⁷⁵ Virginia García Acosta, *Los sismos en la historia de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Fondo de Cultura Económica, 1996, v. II, p. 151 y 154.

se mencionan sólo tres referencias claras a rituales religiosos, ninguna de ellas —obsérvese bien— en la capital del país: Tehuantepec, en 1897; Chiapas, en 1904, y precisamente en el temblor de 1911, en Ciudad Guzmán. Basándose en un estudio del científico Manuel Miranda, García Acosta relata con mayores detalles la solemne procesión que con tal motivo se organizó el día de Corpus, con un “numeroso cortejo de más de diez mil personas [...] portando en andas las imágenes de la Virgen de Guadalupe y de San José, patrono de la ciudad. Muchos iban coronados de espinas cargando en hombros grandes cruces, otros indígenas iban bailando al son de sonajas y pitos destemplados y lanzando de vez en cuando alaridos estridentes”. Por su parte, *El Imparcial* cuenta que en Zamora, donde se hundió el templo, “muchas casas están fuertemente cuarteadas y la gente salió desnuda a las calles dando alaridos de terror y gritando piadosas oraciones en desagravio de pecados y para calmar la cólera divina”. Y, todavía en la mañana del 28 de julio de 1957, fotografías de la prensa muestran que de rodillas llegaban decenas de peregrinos a la Basílica de Guadalupe como agradecimiento a la Virgen por su protección.

Pero también, paralelamente, a lo largo del siglo XX, revistas y periódicos van a dar cuenta de un trabajo de observación realizado por científicos para proponer hipótesis explicativas sobre los antes tan incomprensibles fenómenos sísmicos. El titular del *Diario*, el 9 de junio de 1911, es definitivo: “Causas astronómicas dieron origen al temblor en México”. Y, un poco más tarde, señala que “no habrá por ahora nuevos terremotos. Las últimas sacudidas obedecen a que la tierra, tras el temblor del día 7, recobra su posición”.⁷⁶ Una cuestión recurrente es la de saber si el sismo fue o no de origen volcánico. “De haber sido volcánico el último temblor no se hubiera registrado ni en México ni en otras partes adonde llegaron las ondas [...] Sin embargo no se niega que la erupción del volcán pueda tener alguna relación con este movimiento”. *El Demócrata Mexicano*, unos días después del trágico acontecimiento, dedica una plana a su posible explicación: “el vulcanismo” —refiriéndose más bien a los daños causados en Sicilia por el Etna. En México, el gran culpable es

⁷⁶ *El Diario*, 9 de junio de 1911, p. 1.

el Volcán de Colima, asociado tradicionalmente a terribles terremotos. El de 1911 precisamente se da conjuntamente con la erupción del volcán, en un espectáculo que aterra al periodista de *El Imparcial*, pues “vomita fuego, piedras y lava”.⁷⁷ Una semana después, mientras sigue temblando continuamente en la zona, se insiste en que el Volcán de Colima despidе gases que han envenenado la atmósfera.⁷⁸ De modo que, si en los primerísimos días posteriores al 7 de junio la prensa trata el desastre en la ciudad de México, paulatinamente traslada su atención al Occidente.

El Imparcial, que, quizá más que los otros diarios capitalinos, doctamente trata de escudriñar la naturaleza y las razones del sismo, entrevista al ingeniero José Aguilera, entonces director del Instituto Geológico Nacional —esencial en la fundación del servicio sismográfico en el país. “Nadie ignora —dice el experto— que la mayor parte de la costa occidental de México forma una de las vertientes volcánicas del mundo y que los sismos que de vez en cuando sufrimos vienen de dicha región sísmica que está calificada como una de las más poderosas de la tierra”.⁷⁹ En su lectura de las características del temblor, *El Imparcial* trata también de su forma: si generalmente, dice, son oscilatorios los sismos, en éste se mezclaron los movimientos trepidatorios, lo cual lo hace todavía más temible.

En 1957 hay justamente en la prensa ecos de las polémicas entre sismólogos y geofísicos. Primero “es posible localizar en un sector determinado la zona del desastre causado por el terremoto del domingo. Esto hace suponer la existencia de una falla geológica”.⁸⁰ Planos publicados en los diarios ilustran una grieta, una “gran fractura” que, según el ingeniero Blázquez, cruzaría la ciudad de norte a sur, a 1 000 metros de profundidad, “por donde se desplazan las ondas”, información considerada por otros —en el marco de una polémica sostenida en la prensa— propia de un

⁷⁷ *El Demócrata Mexicano*, 12 de junio de 1911, p. 3; *El Imparcial*, 10 de junio de 1911, p. 8.

⁷⁸ “El Volcán de Colima”, *El Correo Español*, 12 de junio de 1911, p. 3.

⁷⁹ *El Imparcial*, 8 de junio de 1911, p. 5.

⁸⁰ Óscar Dumois, “Apunte...”, *El Universal*, 31 de julio de 1957, p. 9.

mero aficionado,⁸¹ suposiciones que el ingeniero Figueroa, director del Observatorio Sismológico, niega rotundamente.⁸² Por su parte, en una entrevista, en la que también se mencionan las ventajas del subsuelo fangoso, “el sabio” Cuevas explica que no todos los derrumbes se deben a los malos materiales usados, ya que el constante bombeo de las aguas y la naturaleza del subsuelo ocasionan la inestabilidad de grandes estructuras, por lo que presenta un plan para crear un laboratorio de mecánica de suelos.⁸³ El Instituto de Ingeniería de la Universidad Nacional Autónoma de México estudia normas para construir edificios más resistentes a los temblores y exigir un estudio integral, serio y meticuloso de la capital para indicar claramente las zonas donde los terremotos causan efectos más destructivos.⁸⁴ Pero, aparte de las investigaciones relativas a algunos desastres realizadas por los Institutos de Ingeniería y Geofísica de la Universidad, fueron pocos los avances en la prevención, hasta el drama de 1985. El Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, institución del área de ciencias sociales, desde 1985 ha dado continuidad a proyectos históricos sobre desastres, hasta identificarse como institución precursora en ese campo. Es deseable que ese interés sea respaldado con suficientes recursos materiales y humanos.

Justas, criticables o erróneas, estas diversas explicaciones del terremoto revelan sin duda el papel de los medios que, además de transmitir los detalles de lo que todo lector sintió, informan en el sentido de “darle una forma” a un complejo e incomprensible fenómeno, buscando una verdad interpretativa. Entre 1911 y 1957, es

⁸¹ Guillermo Hewett, “Zona sísmica de la ciudad”, *El Universal*, 7 de agosto de 1957, p. 1 y 13. Esta información, que atribuye a un aficionado, *Excelsior* la corrige: “Ninguna grieta atraviesa la ciudad”, 8 de agosto de 1957, p. 26A.

⁸² *El Universal*, 29 de julio de 1957, p. 6.

⁸³ “En manos de los técnicos, el futuro de los edificios dañados”, *Excelsior*, 31 de julio de 1957, p. 1 y 14; y “México puede hacer, y los ha hecho, edificios a prueba de temblores”, 3 de agosto de 1957, p. 1 y 9. Luis Suárez, “¿Nos salvó nuestro subsuelo acuoso de una verdadera catástrofe?”, *Mañana* 728, 10 de agosto de 1957, p. 23-27.

⁸⁴ “La Universidad Nacional Autónoma de México estudia normas para construir edificios más resistentes a los temblores”, *Excelsior*, 4 de agosto de 1957, p. 1.



claramente posible apreciar, en esta vulgarización del conocimiento, cómo evoluciona la dimensión necesariamente hermenéutica de un evento. Al calificarlo como catastrófico, se tratan de explicar factores y efectos de “vulnerabilidad” y de prever las respuestas adecuadas a los “riesgos” que se construyen política y socialmente. 1957 va a ver, sobre todo en medios universitarios e ingenieriles, el germen de una “comunidad epistémica”⁸⁵ de especialistas en sismos y otros desastres que contribuyen cada vez más a identificar y calcular el riesgo para prevenirlo, evitarlo en lo posible y eventualmente reparar sus consecuencias, reafirmando así una posición de poder. Falta el espacio para desarrollar la aparición y la construcción, a través de distintas disciplinas científicas, de esta toma de conciencia que va a ser todavía más notable en la década que siguió al 85.

Entonces, apunta socarronamente Monsiváis, “estalla la visión tradicional de la vida urbana entre un maremágnum de conocimientos nuevos, y la pedagogía forzada aclara la vulnerabilidad de la ciudad de México”.⁸⁶ Citemos algunos ejemplos: a fines de octubre del mismo 1985, durante varios días, el Instituto Mexicano de Recursos Naturales organiza mesas redondas para reflexionar sobre una *Proyección ecológica de los sismos*⁸⁷ y para apostar “por una ciudad nueva, racional, ecológicamente planeada”. En la última década del siglo, van surgiendo innumerables iniciativas y publicaciones que van a nutrir la labor del Centro Nacional de Prevención de Desastres (CENAPRED).⁸⁸ En años más recientes, las instituciones oficiales siguen organizando diversos seminarios de reflexión y publicando propuestas como *La nación ante los desastres. Retos y oportunidades hacia el siglo XXI*.

⁸⁵ Es el término usado por Alexis Sierra, “*La capitale-risque* ou comment le statut de capitale participe à construire le risque”, *Géocarrefour*, 90/2, 2015, p. 182.

⁸⁶ Monsiváis, “*No sin nosotros...*”, p. 87.

⁸⁷ Ediciones del Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables, con textos de Iván Restrepo, Adolfo Zeevart y Bernardo Sepúlveda Amor, entre otros, México, 1986.

⁸⁸ *Sismos* es un fascículo del Centro Nacional de Prevención de Desastres, *Sismos*, 1a. ed., 1990, 5a. ed., 2005, México, Secretaría de Gobernación, Dirección General de Protección Civil, Red Interdisciplinaria para la Prevención de Desastres, Centro Nacional de Prevención de Desastres, 1999.

Historiadores, antropólogos y otros científicos sociales, movidos por los efectos de los sismos en la sociedad mexicana, se empeñan en situarlos en una larga duración, analizando sus aspectos sociales, políticos y económicos.⁸⁹ El primero de los trabajos emprendidos con tales afanes ha reunido a antropólogos e historiadores coordinados por Virginia García Acosta y sus resultados se han publicado desde los noventa en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Luego, se han multiplicado en los diferentes campos del saber estudios pluridisciplinarios no sólo sobre los terremotos, sino sobre muchos fenómenos extremos en los que se evalúa cada vez más la construcción social del riesgo que afecta a una comunidad.⁹⁰ Es obvio que no deberían ser suscitados por la urgencia y la inmediatez, como respuesta circunstancial a los fenómenos catastróficos, sino concebirse como medio para prevenir, siquiera, las consecuencias más dramáticas y espectaculares de la vulnerabilidad recurrente en diversos y amplios territorios latinoamericanos.

Conclusión: “Así es la vida”

A este título, “Así es la vida”, publicado al pie de un dibujo de la página editorial de *La Prensa* a fines de julio de 1957 que evoca los pedazos del Ángel derrumbado, se añaden estas frases: “un extraordinario cometa precedió la destrucción del Imperio Azteca, un sismo tremendo nos sacudió cuando llegó Madero y varió

⁸⁹ Virginia García Acosta, Teresa Rojas y Juan Manuel Pérez Zeballos, “*Y volvió a temblar*”. *Una cronología de los sismos en México (de 1 pedernal a 1821)*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1987 (Cuadernos de la Casa Chata); Emilio Rosenblueth, Teresa Rojas *et al.*, *Macrosismos*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1994.

⁹⁰ Virginia García Acosta, Luz Ma. Espinosa, América Molina del Villar, Antonio Escobar Ohmstede y Jesús Manuel Macías, *Estudios históricos sobre desastres naturales en México: balance y perspectivas*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1992. Una *Historia de los sismos de 1985 en la Ciudad de México* fue editada por el Departamento del Distrito Federal en 1988.

la historia de México y, ahora, el terremoto nos hiere y derriba de la Columna de la Independencia al Ángel de la Victoria... Comprendo, mi querido amigo, que no hay que ser supersticioso pero... ¿Qué esto no querrá decir algo?... Estamos en vísperas de elecciones... el año geofísico... tenemos un embajador nuevo... tantas cosas!”⁹¹

En efecto, la comparación con otros fenómenos juzgados catastróficos, la obsesión por encontrar en ellos un sentido oculto, el afán de hallar nexos en hechos que son meras coincidencias y en temas distintos: tantas cosas se hubieran podido añadir a la aproximación comparativa de los “tres tremendos temblores” que, como toda catástrofe, son, antes que nada —pero evidentemente no sólo—, eventos discursivos. Estas tres grandes catástrofes —y podríamos haber incluido la de otro 19 de septiembre, el del reciente 2017— muestran cómo la sociedad mexicana, lejos de ser pasivamente víctima de estos sucesos que tradicionalmente se atribuían a la divinidad o a los caprichos de una incontrolable naturaleza, ha desplegado estrategias adaptativas para enfrentarlos. Es lo que varios académicos publicados en este mismo volumen conceptualizan como una “continua y persistente construcción social del riesgo”.

El riesgo, que Alexis Sierra ve como una realidad abstracta, es representación de una realidad concreta que es la catástrofe. El riesgo va construyéndose como anticipación de una grave perturbación, tanto más grave cuanto lo que afecta puede ser esencial para la sociedad.⁹² El recuerdo de las experiencias pasadas y la anticipación de un nuevo desastre se consideran en nuestros días cada vez más atributos esenciales del buen gobierno. La historia de “tres tamaños temblores” ocurridos en la Ciudad de México durante el siglo XX y el concomitante análisis de la construcción social del riesgo podrían proseguir con un nuevo capítulo, en la cercana fecha del 19 de septiembre de 2017. ¿Estamos en otros tiempos?

⁹¹ Don Yo, “Así es la vida”, *La Prensa*, 1 de agosto de 1957, p. 9.

⁹² Sierra, “*La capitale-risque...*”, p. 173.



FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

- AVITIA HERNÁNDEZ, Antonio, *Corridos de la capital*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Culturas Populares, 2000.
- BRISEÑO GUERRERO, Juan, y Ludka de Gortari Krauss, *De la cama a la calle: sismos y organización social*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1987 (Cuadernos de la Casa Chata).
- BUSTILLO ORO, Juan, *Vientos de los veintes*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973 (SepSetentas).
- CÁMARA NACIONAL DE LA INDUSTRIA DE LA CONSTRUCCIÓN, “Ciclo de conferencias sobre sismos y revisión de daños”, en *Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada*, Ciudad de México, Folletería 08, Caja 8, folleto 48.
- FERNÁNDEZ, Martha, *Ciudad rota, la ciudad de México después del sismo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1990.
- GARCÍA ACOSTA, Virginia (coord.), *Los sismos en la historia de México*, 2v., México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Universidad Nacional Autónoma de México-Fondo de Cultura Económica, 1996-2001.
- , Luz María Espinosa, América Molina del Villar, Antonio Escobar Ohmstede y Jesús Manuel Macías, *Estudios históricos sobre desastres naturales en México: balance y perspectivas*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1992.
- , Teresa Rojas Rabiela y Juan Manuel Pérez Zeballos, “Y volvió a temblar”. *Una cronología de los sismos en México (de 1 pedernal a 1821)*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1987 (Cuadernos de la Casa Chata).
- GOLDBLATT CARRANCO, Jorge, *¡Señores, tengan presente...!*, México, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1987.



- GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel, “Tembloros complementarios” [firmado como Recamier, 6 de noviembre de 1894], en *El duelo nacional: la desaparición de la plata, crónicas humorísticas de actualidad*, sel., intr., comentarios y notas de Irma Contreras García, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1988, p. 80-83.
- MAQUEO CASTELLANOS, Esteban, *La ruina de la casona. Novela de la Revolución mexicana*, La Habana, Eusebio Gómez de la Fuente, 1921.
- MARTÍNEZ ASSAD, Carlos, “La ciudad que el siglo XX nos dejó”, en Manuel Ramos Medina (ed.), *Historia de la ciudad de México en los fines de siglo (XV-XX)*, México, Grupo Carso-Condumex, 2001.
- MENDOZA, Vicente, *El corrido de la Revolución Mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1956.
- NOVO, Salvador, *La vida en México en el período presidencial de Adolfo Ruiz Cortines*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, v. III.
- PADILLA, Ignacio, *Arte y olvido del terremoto*, Oaxaca, Almadía, 2010.
- PERALTA SANDOVAL, Sergio, *Hotel Regis. Un protagonista del siglo XX*, México, Diana, 2015.
- PÉREZ GAY, Rafael, *Zona cero. Breve memoria de los sismos, 2017-1985*, México, Cal y Arena, 2017.
- RESTREPO, Iván, Adolfo Zeevart y Bernardo Sepúlveda Amor, *Proyección ecológica de los sismos del 19-20 de septiembre de 1985. Por una ciudad nueva, racional y ecológicamente planeada*, México, Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables, 1986.
- RODRÍGUEZ, Miguel, “En 1911 hasta la tierra tembló”, en Rosa Casanova (coord.), *Francisco I. Madero, entre imagen pública y acción política, 1901-1913*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Museo Nacional de Historia, 2012, p. 57-72.
- ROSENBLUETH, Emilio, Teresa Rojas Rabiela *et al.*, *Macrosismos*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1992.



SIERRA, Alexis, “*La capitale-risque* ou comment le statut de capitale participe à construire le risque”, *Géocarrefour*, 90/2, 2015, p. 173-182.

Sismos, México, Secretaría de Gobernación, Dirección General de Protección Civil, Red Interdisciplinara para la Prevención de Desastres, Centro Nacional de Prevención de Desastres, 1990.

STANFORD, Thomas, *El villancico y el corrido mexicano*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1974 (Colección Científica 10).

TENORIO TRILLO, Mauricio, *Hablo de la ciudad: los principios del siglo XX desde la ciudad de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018.

VÉLEZ, Gilberto, *Corridos mexicanos*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1982.

WILCHES-CHAUX, Gustavo, “La vulnerabilidad global”, en Andrew Maskrey, *Los desastres no son naturales*, Lima, Red de Estudios Sociales para Prevención de Desastres en América Latina, 1993, p. 11-44.

Hemerografía

Entre el 7 y el 20 de junio de 1911

El Correo Español

El Demócrata Mexicano

El Diario

El Diario del Hogar

El Imparcial

La Gaceta de Guadalajara

Entre el 28 de julio y el 20 de agosto de 1957

El Nacional

El Universal

Excelsior

La Prensa



Semanarios consultados (julio y agosto de 1957)

Hoy, 1065-1070

Mañana, 727-730

Siempre, 214-218

Testimonios y notas periodísticas (septiembre y octubre de 1985)

CARBÓ, Teresa, *Una lectura del sismo en la prensa capitalina*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1987.

CAZÉS, Daniel (sel., ed., pról. y apéndice), *Volver a nacer. Memorial del 85*, México, *La Jornada*, 1995.

MONSIVÁIS, Carlos, “*No sin nosotros*”: *Los días del terremoto, 1985-2005*, México, Era, 2006.

MUSACCHIO, Humberto, *Ciudad quebrada* (con fotografías de Pedro Valtierra), México, Océano, 1986.

PONIATOWSKA, Elena (comp.), *Nada, nadie. Las voces del temblor*, México, Era, 1988.

———, *Fuerte es el silencio*, México, Era, 1980.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS